



## La bestia 2

La espada silbó, y rompió las cadenas que aprisionaban al hombre.

El joven tendría unos quince o dieciséis años, pero su frialdad era impresionante. Vestía de negro, su pelo era plateado, y sus ojos, también negros, pero a la luz, se teñían de un rojo sangre impenetrable.

-¿Cómo te llamas?- preguntó el hombre entrecortadamente.-

- Mi nombre no es importante en este momento, fue prohibido hace siglos, pero tú lo conoces, todos lo sabéis, pero no lo pronunciáis. Su voz sonaba extraña, muy profunda, y pausada, como la de una bestia aletargada, esperando a ser despertada.

-¡Corre! ¡Vienen el Alcaide y sus hombres, escóndete!

El hombre fue empujado detrás de un barril, y el desconocido, desenvainó su espada, y se dispuso a enfrentarse al enemigo.

Uno de los soldados lanzó un violento ataque con su hacha, directo a la cabeza del enigmático joven, la mano del soldado voló por los aires seguida de un chorro de sangre negruzca y un alarido. El soldado se agarró el muñón, lloriqueando, y no vio descender un filo helado de la espada que le perforó el cráneo, y salió por su garganta, con un asqueroso chapoteo.

La furia del asesino había sido desencadenada, y no hubo piedad.

La espada de hielo buscó los cuerpos enemigos, despedazando todo lo vivo a su paso, la sangre volaba por todo el callejón, y los gritos de sufrimiento eran la música que deleitaba al joven.

El Alcaide alzó su mano, y los dos últimos hombres que quedaban se lanzaron al combate, mientras él huía corriendo.

No resistieron más que los otros.

El joven se dio media vuelta, y cogió al hombre del brazo, y así, arrastrándolo por toda la ciudad, llegó la noche.

Se acercaron a una catedral, y el hombre profirió, temeroso:

- Pero, ¿esto es donde ELLOS viven!

El extraño personaje nada dijo, sino que lo arrastró hacia un arco, y un individuo encapuchado les salió al paso.

El joven puso la mano sobre la empuñadura de la espada, y enseguida dijo:

-Hola, Guardián, franquéanos la entrada al lugar donde todo nace y muere.

El hombre se apartó y les dejó pasar. Atravesaron un claustro y descendieron por una escalera.

-Estamos debajo de la misma catedral, este es el lugar donde todo lo prohibido nace, y donde lo permitido muere y los malditos se reúnen para todo. Aquí hay deformidad, sadismo, “brujería”, perversión, anticristianismo, todo lo que ellos quieren matar.

La escalera tenía pintadas en sangre, con cruces invertidas, caricaturas de los dioses, de los políticos, etc. Todos desahogaban su odio a la Orden Suprema en aquellas paredes, y un letrero en sangre rezaba: “aquel que cruce este umbral, que abandone toda esperanza.”

Llegaron a una estancia enorme. Rugientes hogueras iluminaban el sótano de la iglesia, y trémulas siluetas se dibujaban en las paredes.

